8

Principio de fuga

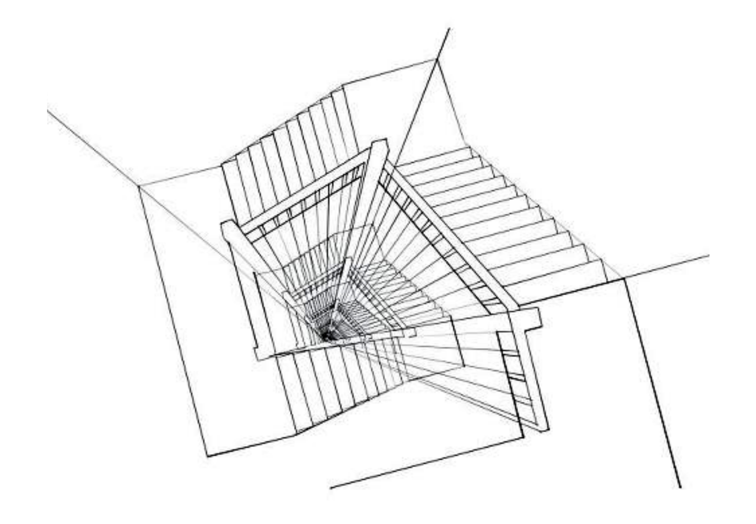
Francisco Cascallares



notanpüan

cuentos

Los últimos episodios del fin



de Principio de fuga

Francisco Cascallares

Cascallares, Francisco
Principio de fuga / Francisco Cascallares. - 1a ed . - San Isidro : Notanpuän, 2015.
212 p. ; 19 x 12 cm.

ISBN 978-987-45401-7-1

1. Cuentos. I. Título.
CDD A863

Notanpüan
EDITORIAL DE LIBREROS

Arte de tapa: Ignacio Magmarides
Diseño general: Mariana Azcoaga
Foto librería: Marianne Watson

Dirección editorial: Fernando Pérez Morales
Editor: Yamila Bêgné

Chacabuco 459, San Isidro, C.P. 1642, Buenos Aires, Argentina

notanpuan@gmail.com

ISBN 978-987-45401-7-1

Impreso en Imprenta Dorrego
Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en Argentina



A mis hijos Lucas y Catalina Cascallares
y a Yamila Bêgné.

Por vacío se entiende la extinción de
las cosas y el ámbito de lo desconocido.

—Miyamoto Mushashi,
Tratado de las cinco ruedas, V.

INDICE

LOS ÚLTIMOS EPISODIOS DEL FIN

29.

La sala en la clínica estaba prácticamente vacía. Yo esperaba a que llegara mi turno apretando los ojos y las mandíbulas para soportar una cefalea que me rompía. Me estaba pulverizando centímetro a centímetro una presión de cada lado de mis sienes que ya no sabía cómo sostener. Las piernas de la recepcionista salieron de atrás del escritorio, pasaron cerca de mí, y el canal en la tele fue cambiado. Lo que irradiaba la pantalla me atrajo la atención. Logré mirar. Había naves espaciales, lentas como ballenas en un universo árido y vacío, un tanto ridículo, pero a medida que pasaban los minutos intuí que en realidad era profundo y estaba atravesado de cosas. No conocía la serie, pero seguí mirando mientras comprendía de a poco, muy de a poco, que mi mandíbula se estaba aflojando de a milímetros.

El espacio abierto, derivando lentamente a lo largo de la pantalla, me calmaba, como flotar boca arriba en el agua cuando no queda nadie en la pileta. Un alivio. En esta serie había una suerte de promesa. Entonces, en la pantalla, hubo una explosión. Un tsunami de luz blanca, como un anillo inmenso y completamente plano, se expandió de golpe al infinito en un silencio perfecto y me hizo saltar de la silla. Creo que solté un suspiro. El efecto del estallido que barría el universo me dejó vacía.

28.

La serie tiene un nombre raro: *Earthscape*. A veces me acaricio la frente y pronuncio érskeip, érskeip, y se convierte en un misterio chiquito que me monto encima de la lengua.

Ya van por el episodio nueve y ni siquiera es mi tipo de historia, pero eso es lo de menos: ya no puedo pensar en nada más mientras me preparo frente a la tele para flotar a través del capítulo que vienen repitiendo a lo largo de la semana.

Como sea, no hablo de esto con otros. Tengo veintiocho años y cuando me escucho

decir estas cosas siento que tengo el doble de edad y que esto es todo lo que me tocó vivir.

Pero ahora que está empezando la serie, lo demás pierde importancia y lo olvido. Es la tarde, tengo el café listo. Me sirvo un poco y me acomodo. Me siento preparada para tener toda la casa para mí: hoy no espero que Héctor llegue hasta la noche, y aunque él hace tiempo que no mire *Earthscape* conmigo, es mucho mejor cuando no está. A este episodio, el nueve, ya lo vi cinco o seis veces; esta va a ser la segunda vez que lo veo hoy. Faltan cuatro días para que estrenen el próximo, y dos semanas para el final de la temporada. Cada minuto de cada día dependo de estas cuentas.

No sé qué voy a hacer si todo termina en esta temporada. Faltan dos capítulos para el final y nunca se sabe. Algunas series duran más, sobreviven hasta la temporada siguiente.

Todas, tarde o temprano, terminan.

27.

Hace años que llevar la cuenta del tiempo me ocupa una buena parte del día. Al fin y al cabo somos seres humanos y necesitamos distraernos

para no pensar en tantas cosas. A veces paso mucho tiempo pensando en cuánto pasó desde que Héctor y yo nos conocimos. Diez años redondos. Conozco la cifra de memoria, pero distintos pensamientos, como corredores, me suelen llevar a calcularla una vez y otra. No hay nada calmante en esta cifra. O cuántos minutos estuve bajo la lluvia aplastando el timbre de su casa como una imbécil para que me dejara volver mientras él se negaba a encender alguna luz y admitir que estaba en su casa, enfrentar la situación: yo, afuera, calada, pegada a su timbre, después de todo. Hace cuánto que fue eso. Lo sé perfectamente: yo cumplía veintiuno esa noche. Y era una noche de histeria, una noche desesperada, en la que no sabía qué hacer: solamente quería volver con él, estar con él de nuevo. A los veintiuno todo es mito y leyenda viva. Lo que una vaya a ser o a dejar de ser, a los veintiuno, depende directamente de lo que una haga o deje de hacer durante ese minuto del presente.

Hay muchas cosas en qué pensar y esas cosas nos volverían locos si les prestáramos la atención que realmente nos exigen. Ya con prestarle semejante atención a una sola de ellas, corremos peligro.

Algunas tardes las empleo en pasear a

través de circunstancias como si fueran las hojas de decenas de álbumes de fotos, y así poder fecharlas antes de entrar demasiado a fondo en ellas. De vez en cuando encuentro alguna que me llama la atención, la calculo, reflexiono detenidamente acerca de ella, y quizás lo que termino deseando es extraerla de su álbum, o despegarla si estuviera pegada, y reemplazar la foto de alguno de los retratos que hay por la casa y que me sé de memoria, que me vienen repitiendo la misma circunstancia todos los días a lo largo de estos años. Es poco frecuente, pero ocurre. Las iría dejando por la casa como mensajes a mí misma.

Pero son islas, apenas: en algún momento del día las cefaleas terminan por vencerme y ya no puedo pensar en otra cosa. Cualquiera creería que dolores como estos son siempre iguales entre sí, pero las variantes del dolor son amplias. El dolor puede atacarme en un lugar focalizado, como el oído o el ojo izquierdo. Puede ser más expansivo, subirme por un costado del cuello, llegar de golpe, o quedarse al acecho un día entero hasta soltarme un zarpazo en el cerebro. Ahora, por ejemplo, no escucho casi nada de un lado. No me duele (no sería exacto decir que esto sea dolor); es como tener una bola de algodón pegada en todo el costado

de la cabeza, hasta un poco encima del ojo.

Pondría una foto del timbre, de la lluvia, de mí misma con un fondo nocturno y el pelo chorreado sobre la cara, y la cara desencajada por el llanto y los nervios, para acordarme cómo fue una vez, cómo fue que quise algo tanto, antes.

26.

En esa sala de espera, yo seguía fija en la pantalla.

—¿Está interesante? —me preguntó alguien que también esperaba su turno en el consultorio. No era alto, ni joven, ni viejo. Sí era marrón. Se había esmerado sin ninguna imaginación por combinar suéter, zapatos, pantalones.

—Ya está terminando —le dije.

El tipo insistió; buscaba entrar en alguna clase de conversación conmigo. No le presté ninguna atención. Puedo haber murmurado algo por reflejo, pero no más que eso. Clausuré cualquier camino por el que pudiera llegar hasta mí, hasta hacerlo desaparecer de mi entorno inmediato. El tipo se quedó sin nada que decirme y se replegó.

Me llamaron por el apellido. En la pantalla, un hombre llamado Gustav debía lidiar con la pérdida de toda su familia. Era claro que el hombre era una ruina, que no quedaba nada de lo que él había sido, y también que tarde o temprano iba a transformarse en algo nuevo, dolorosamente. Me intrigaba saber cómo iban a accionarse sus mecanismos de supervivencia emocional frente a las circunstancias. También pensaba en lo distinto que era Gustav a Héctor. Me pregunté qué debía hacer yo, que venía a ver a este médico solo porque había sido amigo de Héctor.

Volvieron a llamarme, me puse de pie con obediencia y caminé, mareada por la ausencia repentina de cualquier dolor. El hombre marrón me siguió con la mirada mientras pasaba lejos de él y desaparecía en el consultorio.

25.

Quizás nunca se vuelve adonde ya se estuvo. Quizás nos pasamos los días haciendo algo así como diarios, llenando páginas y más páginas de estupideces, y esas páginas se acumulan en pilas y nuestras vidas consisten de eso. Una

manera de tratar de calmarnos. Una podría contar las páginas en las pilas si tuviera el tiempo suficiente, y contabilizar el promedio de estupideces que ha cometido, que conforman la vida de una.

Y ninguna de esas cosas tendría remedio.

24.

Empecé a tener dolor de manera continua hace poco más de dos años, doctor. Ahora tengo veintiocho. Los primeros dolores de cabeza vinieron a los veintiuno pero eran bastante espaciados. A quién no le duele la cabeza de vez en cuando. Pero los dolores empezaron a ser cada vez más frecuentes, más extendidos, y no se iban con nada. Un día, a los veintiséis, me di cuenta de que se habían convertido en una condición permanente. Ya no puedo decir que los dolores empiecen en algún momento; más bien se arrastran desde el día anterior, persisten, mucho después de que estoy dormida eso sigue ahí, cambiando de forma mientras duermo. Me despierto como si no hubiera dormido y el dolor sigue ahí. Sin darme un respiro.

Me lo sé de memoria. Esto es lo que me

gusta decirle al espejo o a la pared cuando hago de cuenta que son el médico. Lo ensayé muchas veces. Pero ahora no puedo decírselo al médico que tengo adelante. Es un amigo de Héctor, o alguien que Héctor conoció hace tiempo, y que me mira exactamente como si yo fuera un póster de gomería. Cada tanto me hace preguntas sobre Héctor, tratando de incluirme a mí también a la fuerza en aquella camaradería forzada. Ahora juega con una birome negra y cada tanto revisa las hojas del fondo de su recetario. Detrás de él, la ventana da al pulmón de manzana, un mundo aparte y ordenado donde la única operación aparente es el cierre o la apertura de esta u otra persiana, o el recambio de alguna maceta. El olor a gasa me asquea. Es tan intenso que casi siento la textura en los dedos.

Una naturalmente pensaría que los episodios son iguales entre sí, digo cuando no estoy ahí, cuando ensayo con la pared o con mi sombra, pero las variantes del dolor son amplias. Cada uno es diferente, doctor, todos son parte de lo mismo pero cada uno existe a su manera.

—Algunos dolores no son mucho más que una molestia —me escucho decirle al amigo de Héctor.

—A esta altura, no tomo nada para que se vayan.

—No, no me duele, no puedo decir que esto sea dolor.

—Es como tener una bola de algodón pegada en todo el costado de la cabeza, hasta un poco encima del ojo.

Hace un rato se había ido, pienso y no le digo, pero ahora está volviendo.

—¿Usted sabe de lo que le hablo?

21.

Earthscape trata sobre el estallido final del universo, pero a medida que pasan las semanas no me importa cuál sea su contenido mientras la forma no me defraude, mientras pueda depender de mis cuarenta y dos minutos de anestesia todas las semanas, repetidos todos los días, una vez a la mañana, una a media tarde, una a las dos de la madrugada. Y si bien no me importa de qué se trate, cada vez el contenido me atrapa más. Detrás de las naves y todo eso, la historia es creíble. Los personajes, las relaciones, hasta el médico de abordo son creíbles.

El argumento es simple. En algún momento del futuro, el universo estalla. Todavía no se sabe muy bien por qué, si fue por algo que hicimos,

pero en todo caso es lo que pasa. Y no tiene remedio. Una explosión infinita viene arrasando todo el universo y lo va a seguir haciendo para siempre. La Tierra se entera a tiempo, evacúan el planeta. Una de las flotillas de naves mejor equipadas viaja casi a la velocidad de la luz, que es exactamente la misma velocidad de la explosión; es la única gente que se salva. Mientras el universo sea infinito y la flota logre mantener una distancia estable con la explosión, la humanidad no va a terminar de extinguirse. Así, colgando de un hilo, vamos a durar para siempre.

Cada episodio cambia un poquito para mostrar nuevos eventos, pero la idea general es siempre la misma. Las naves de la flota, que son como ciudades o también como submarinos, con cuartos y pasillos estrechos a los que hay que acostumbrarse, están equipadas con relojes instalados en cada recodo; mires a donde mires, siempre hay uno a la vista. La pantalla de todos los relojes muestran el mismo número, generalmente estático: es la distancia en segundos que hay entre ellos y la explosión. Cuando no hay desperfectos ni inconvenientes en las naves y la distancia se mantiene estable, quiere decir que las cosas están tranquilas, que la vida continúa. Las personas se olvidan de que

hay una explosión ahí afuera y van metiéndose en sus propios problemas, porque siguen siendo personas. Eso es lo creíble. Cuando queda estable, ese número funciona como una anestesia general de la memoria.

19.

Al principio estuve a punto de contarle más a Héctor. Pero Héctor tiene su manera de ser. Por ejemplo, él antes veía *Earthscape* conmigo. Los primeros episodios los vimos en el sofá. Entonces yo sentía mi cabeza ligera y aliviada como una novedad, y él estaba ahí conmigo. Nuestros ojos abiertos titilaban con las mismas imágenes, en la misma dirección, durante cuarenta y dos minutos seguidos, aunque fueran las dos y cuarto de la mañana.

Había terminado el primer bloque de un episodio y cuando vinieron los avisos no les prestamos demasiada atención. Ese canal de cable siempre repetía los mismos comerciales. Héctor bostezó y casi no le entendí:

—Viste. De nuevo.

—De nuevo qué —pensé que se refería a las propagandas repetidas tanda a tanda.

—Los relojitos —dijo, parodiando, con ojos achinados y una astucia sobreactuada—. Siempre lo mismo.

Lo miré sin mucho interés, como si él también fuera una propaganda que ya te sabés de memoria. Siempre decía las mismas cosas, y pasaba por alto todo lo que era importante. Arrugó la boca como si desaprobara y cambió de tema.

—Anoche no me dejaste dormir. Te movías.

Héctor no sabía gran cosa sobre los dolores de cabeza. Trataba de no hablar nunca de esto. A veces me veía tomar una pastilla, pero su comprensión nunca iba más allá de una noción general o de un fastidio general y no se imaginaba que todo se encaminaba hacia un desastre u otro.

—Vení —me arrastró sobre él y empezó a morderme el cuello, a lamerlo. Sentí un latido en la cabeza, uno solo, que vino y se fue, pero que quedó latiendo en el aire como un aviso, y dejé de mirarlo, volví a enfocarme en la tele. De mi cuello subía ahora el olor de su aliento estancado. Toda esa baba tibia en mi piel me empezó a producir asco. Me terminé de incorporar.

—Ahí empieza —le dije.

Eso lo dejó un momento en silencio, quieto.

Al final resopló.

—Me voy a la cama.

Como no le respondí, se levantó del sofá con su cerveza.

—No sé cómo hacés para aguantarte estas cosas. No sé cómo yo las aguanto.

Pensé en todas las cosas que yo aguantaba pero no le dije nada, y me quedé disfrutando el sencillo hecho de estar sola, de que un cambio minúsculo hubiera dejado todo tan distinto. Causa y efecto. De lo más simple. De lo más hermoso.

La serie me siguió anestesiando hasta el último segundo de los créditos finales, y en ese momento me quedé dormida en el sofá.

Fue perfecto.

14.

—¿Cómo te duele ahora? ¿Puntadas? ¿Como si te apretaran la nuca?

—Solamente una molestia que crece de fondo, nada más. Como si fuera a explotar en cualquier momento, pero todavía faltara.

—¿Tuviste alguna cirugía, alguna vez?

—No.

—¿Hijos?

—No.

—¿Fumás? ¿Te drogás?

—No.

—Vamos a revisarte. Sentate en la camilla.

Yo trato de hablarle de usted al médico pero él se planta en esa amistad que tuvieron alguna vez con Héctor y que ahora es una obligación social de tuteo. Desnudarme frente a él es otra de esas obligaciones a las que estoy atada.

—Sacate la camisa, los zapatos también por favor, el corpiño no hace falta esta vez —son cosas que va diciendo sin emoción, en un orden mecánico—. A ver, respirá. Soplá. Sí. Otra vez. Con la boca abierta. Bien. Ahora vamos a ver el latido.

Sentada con la espalda bien derecha, sus manos se me vienen encima. Un momento antes de tocarme, los párpados se le cierran apenas, la voz le tiembla. Es ínfimo, pero no imperceptible. Se queda con una mano sobre la mayor parte de mi pecho, reflexionando, ganando tiempo.

—Acostate por favor. Boca arriba, sí. Tenés un corazón fuerte, típico de atleta. Sos deportista, ¿no?

—Fui nadadora. Competía.

—Permiso —lo que hace no lo entiendo. Presiona partes de mi abdomen, del tórax,

alrededor y encima de los pechos con las yemas de las dos manos, una sobre la otra, como un ritual. Un punto y otro y otro. Siento la respiración nasal de él arrastrándose como un remolino sobre uno de mis pechos y mi hombro. Su pierna roza mi brazo, va y viene mientras él se inclina por encima de mí.

Tengo ganas de gritar pero no puedo.

En cambio me siento y le cuento que no volví a nadar desde los veintiuno.

–Ocho años enteros– dice él, mirándome a mí, a mi cuerpo, a mí.

–Un poco antes de los dolores, sí. ¿Ya puedo vestirme?

–Todavía no terminamos. Eso sí, te vendría bien hacer ejercicio de nuevo– dice después de un rato.

11.

Por supuesto, por una razón u otra, siempre hay desperfectos y ese número se desestabiliza en algún momento de cada episodio. Para ser testigo de ese momento, en general te hacen esperar medio capítulo a que la situación esté lista para dispararse. Pero de vez en cuando

ocurre desde la primera escena, o hay que esperar hasta el final si se trata de un capítulo doble. No descubrí otras variantes hasta ahora. Tal vez se reserven una para el gran final de temporada. En el primer episodio, el número de todos los relojes de la flota estaba clavado en veintinueve, pero ya no, la brecha se hace más justa con cada episodio y ya nunca podrán recobrar la distancia suficiente para volver al número original.

Lo del reloj que baja es esperable, en eso reside la emoción de cada episodio, y en todo caso lo interesante es ver qué vuelta ingeniosa logran los guionistas para que algo inesperado provoque que el número baje, hasta dónde pueden llevarlo, y cuántos de esos segundos se pueden recuperar sin perder la credibilidad del programa, que se basa en la premisa de que el pasado es irremediable o algo en esas líneas. La última vez Gustav, justamente Gustav de todos los que hay para elegir, aflojó ciertos tornillos de una de las naves más obsoletas. La historia se había venido cocinando en el fondo, muy callada, imperceptible, apenas un asunto dilatado con esmero desde el capítulo anterior sobre una llave inglesa jamás devuelta; pero cuando estalló, de golpe todo encajaba en su lugar. El número llegó a bajar mucho –estaba en

veinticinco, llegó a estar en diecisiete, cuando volvió a subir solo llegó hasta veintidós. Fue una sorpresa: nunca lo vi venir.

8.

Empiezo a hacer largos por orden del médico. Voy al club todas las mañanas en busca de mi cuerpo reluciente y tirante de nadadora. El dolor no cede en ningún momento pero la pileta funciona de otra manera en mí. El olor a cloro y agua, el sonido de chapoteo, los ecos contra el techo del club, me despiertan sensaciones que había dejado atrás.

A los diecisiete y dieciocho participé de los Nacionales. No gané nada, pero en el universo del colegio me convertí en una especie de vaga estrella de la natación. A los veinte conseguí una medalla, un tercer puesto. En eso pienso seguido ahora que estoy de vuelta en el agua, a algunos años de todo eso y sin embargo tan irremediablemente lejos, tan cosa del pasado.

Con la cara metida en el agua, el cuerpo nuevo, rápido y liviano y potente, y el gusto a cloro después de tanto tiempo, siento volver la

vieja sensación de felicidad. El dolor no se va nunca, pero al menos es soportable. La presión no cede, pero puedo pensar, y pienso. Puedo seguir otras quince piletas, quedarme media hora más que de costumbre.

6.

La humanidad cuelga de un hilo, pero con tantos problemas que tienen es fácil olvidarse de lo que pasa en verdad allá afuera. Aunque lo hayan exagerado, supongo que todos somos un poco así y tenemos esa tendencia: perdernos tan a fondo en lo que estamos haciendo en el presente que cualquier plano apenas más amplio se hace irreal. Pero los guionistas del programa son cuidadosos, te refriegan eso de los segundos en cada episodio. Hay relojes instalados en todos los corredores de las naves, clavados en un tiempo fijo, y lo terrible, o sea lo más fascinante, es que revelen el más mínimo movimiento: uno o dos segundos son toda la diferencia que necesitan para armar un episodio entero. Por donde sea que pase la gente, siempre hay una escena en la que alguno mira hacia

arriba y se encuentra con los números rojos alterándose, cediendo, y todo en su vida cambia de prioridad. Y te hace sentir incómoda a vos, porque vos también te habías olvidado por un rato, igual que ellos, que todo está siempre a punto de desaparecer.

Durante las crisis, por la razón que sea, de repente ves que están por ejemplo a veintidós segundos, un rato después a veintiuno, y las luces de todas las naves titilan rojas en alerta. Entonces es cuando todos se juntan a ayudar como pueden. Casi siempre, al final del episodio, todo vuelve a ser como era antes salvo por un elemento –nada más que un detalle– que cambia para siempre. El resultado puede ser una diferencia de uno o dos segundos menos que antes, o un personaje menos, o la desaparición de toda una nave de la flota, o que aparezca alguien nuevo.

Puede ser que te des cuenta un segundo antes porque ya estás acostumbrada al mecanismo, porque sabés que es mentira, pero la verdad es que en general vos también te habías olvidado por completo. Y cuando te lo ves venir, todo entra en otro foco, las cosas encajan de una manera distinta, a otra velocidad, y decís "en cualquier momento, en cualquier momento empieza de nuevo". Y cuando finalmente ocurre,

siempre es lo mismo: de repente los personajes son concientes. Cualquier cosa cuenta como excusa para recordar que todo existe pero está siempre colgando de un hilo. Cuando menos te lo esperás, cuando más te habías olvidado del pantallazo general de las cosas, siempre aparece un reloj a mano como para volver a poner las cosas en su perspectiva real.

Tal vez los relojes estaban desde siempre, y solamente los programaron con una función nueva. O los fabricaron en el mismo viaje. Cuántas cosas sería necesario fabricar para mantener a toda una civilización con vida. Aire, agua, ropa, repuestos, pastillas de todos los colores.

5.

Esa mañana pierdo la noción del tiempo en la pileta. Me quedo una hora más que de costumbre. Cuando salgo del agua es como despertarme a algo nuevo: la gente ha cambiado, un turno nuevo de personas ya ha reemplazado al anterior sin que me haya enterado. Alguien se queda mirándome, alguien que no me vio nunca, alguien en slip y bastante confiado de su

cuerpo, con la mitad de una sonrisa llevándole la cara hacia un lado.

Cuando me empiezo a sacar el gorro y las antiparras, se me acerca sin disimulo.

—Hola —me dice.

Se queda callado, esperando algo de mí. La sonrisa ya le domina casi toda la cara. No consigo reconocerlo y él se da cuenta. Solamente entonces cambia la entonación.

—¡Hola! —me dice.

Me seco atrás de la oreja con la toalla y ahora dudo de todo. Me irrito.

—Mirá... —empiezo.

—Soy Ezequiel, ¿te acordás?

Puedo elegir no acordarme. Tenía los brazos largos, las piernas largas y se llamaba Ezequiel. Campeón nacional de salto en alto. En el colegio, él era otro como yo, aunque entre los dos no llegábamos a formar una constelación. A veces, faltábamos al colegio para entrenar y no nos pasaban las faltas. Después, cuando salíamos en los diarios, el colegio ganaba notoriedad.

Ninguno de los dos buscaba especialmente de la compañía del otro. Nunca supe a qué atribuirlo, pero de vez en cuando nuestra situación en el colegio nos obligaba a mostrarnos juntos. Si había torneo de atletismo, yo era capitana; cuando se hizo el grupo de

lanzamiento, a él le ofrecieron dirigirlo. Nunca nos hicimos amigos. Pero ahora solamente me pregunto si alguna vez él también dejó de hacer lo suyo.

Puedo elegir no acordarme. Todavía no hice ningún gesto de reconocimiento que me delate.

Prefiero acordarme.

3.

—La cuestión es que se inicia una explosión infinita —le digo. Probablemente con emoción en exceso. Me da un poco de vergüenza pero sigo. Es la primera vez que hablo con alguien sobre la serie, tengo tanto para decir. No me di cuenta antes, pero tuve la serie tan guardada dentro de mí que ahora no puedo callarme.

Quisiera decirle también que ese es el único momento en que siento que desaparecen mis dolores de cabeza. Pero no tiene sentido.

—La humanidad va a seguir existiendo —me dice al rato, cuando ya entendió de qué va la idea general, y bebe agua mineral de la botella. Sus antebrazos me resultan hipnóticos, no sé qué veo en ellos. Luego la vuelve a guardar en

su bolso, debajo del banco de madera donde estamos sentados—. Quizás se están haciendo demasiados problemas por nada.

—Este... Explotó el universo, Ezequiel. No es como si no pasó nada.

—Cambiaron las cosas. Nada más que eso. Cambian todo el tiempo. Siguen siendo las mismas.

Desde el banco, miro a los que usan la pileta. Un anciano avanza verticalmente en el agua, como un cisne, sentado sobre unos flotadores cilíndricos, coloridos, con una lentitud majestuosa. Una chica aún sin pechos prueba la resistencia de la tabla del trampolín. Yo tomo un trago de mi agua.

—¿Te acordás en cuarto año, de Natalia Vives?

Asiento.

—Yo salí con Natalia un tiempo. Tenía una cicatriz de acá hasta acá —con el índice, se recorre toda la circunferencia del hombro derecho—. Una cicatriz vieja, fea.

—Pobre. No sabía.

—Se la hizo la madre. Viste que tomaba. Se la hizo con vidrio.

En cuanto pienso en ese corte, tengo un escalofrío en todo el cuerpo. Especialmente en el vientre. Ezequiel se da cuenta de mi reacción,

al menos de una parte, pero ya es algo.

—Perdoname que venga con estas cosas tan temprano.

Respiro profundo y trato de explicar.

—No, es que...

—No, no, disculpame. Dejémoslo ahí por ahora. Otro día te lo voy a contar. —Luego produce una risa pequeña para disipar esa atmósfera—. Lo que quiero decir es que, en una de esas, abandonar la vida normal en los planetas y adaptarse a esta manera nueva de existir sea la única forma de durar para siempre.

Pienso un poco en eso. Me hace sentir cómoda pensar sobre mi vida en esos términos.

—La normalidad no siempre funciona mejor que el caos —dice.

Seguimos hablando por todo el tiempo que podemos.

—Me gustaría ver esa serie alguna vez.

Estoy a punto de decirle algo, pero ya de verdad tengo que irme. Aunque ya entiendo que al día siguiente voy a nadar otra vez esa hora extra. No llegué a preguntarle nada sobre él, no le conté gran cosa sobre mí, pero de alguna manera todo está algo mejor que de costumbre.

2.

Siento que dos cruceros tratan de tocarse las proas con mi cabeza en el medio. Solamente tengo los dientes para soportar la presión, y no me alcanzan. Por un momento, estoy a punto de decirle al doctor –y por consiguiente a Héctor, que en esta consulta está sentado en la silla de al lado escuchando conmigo la devolución de mis estudios, preocupado por algunas cosas que él ahora ya sabe– lo de la serie. Sé que ahí está la respuesta a todo. Abro la boca, pero en ese momento me viene Ezequiel a la cabeza, lo que le conté, lo que sentí que le contaba al hablarle de *Earthscape*, el rato sentados en el banco al lado de la pileta, y vuelvo a cerrar la boca. La imagen de la cara de Ezequiel me provoca un alivio. Ínfimo, pero verdadero. La imagen me calma, apenas, como flotar en el agua. Me asombra el alivio. Lo que yo sé se me queda congelado entre los dientes justo antes de salir. Abro los ojos (¿cuándo los cerré?) y ellos todavía están ahí, esperando a que diga lo que les iba a decir. El estado de calma se disuelve y vuelvo a sentirme como siempre. No tengo voluntad frente a este dolor. Ni frente a estos dos hombres. Todo está explotando a mi alrededor.

—¿Ni siquiera la tomografía dice nada? —

dice Héctor.

El médico niega con la cabeza, lamentando decepcionarnos.

—Mirá, un tumor no es. Eso quedó descartado.

Héctor sigue haciendo de marido y arremete.

—Pero cómo puede ser —dice él—. Te trajimos todos los estudios que nos mandaste hacer.

Ahora el médico asiente, pero mirando a la nada, de una manera en que no está diciendo únicamente que sí. Hace algo con el labio, se aprieta el de abajo sobre el de arriba. La mueca es inconciente, ridícula, él está en alguna otra parte. Luego vuelve a abrir la boca y habla.

—Héctor, tenés que entender que todavía no inventamos todo. A veces estas cosas no tienen una causa precisa. Pueden venir por cualquier razón. Y además siempre depende de cómo es el paciente. Cada cuerpo manifiesta las tensiones de su ambiente de una manera muy propia.

El médico escribe cosas en un recetario y se le escapa una mirada a la camilla. No dura más que un momento, pero a mí me alcanza para saber que se está acordando de las veces que me hizo desnudar ahí. Me resulta imposible

leer lo que escribe al revés de mí. La puntada en el cerebro se va haciendo más intensa, me hace cerrar los ojos.

El médico despega la mirada de su bloc.

—Es importante seguir con el ejercicio, y con las consultas por supuesto. Y despejarse un poco. Váyanse de vacaciones a alguna parte tranquila.

—A dónde querés que nos vayamos —dice mi marido—. Lo que falta para el verano. Y no me las puedo tomar del trabajo así como así.

—Sí, bueno. Al menos para que lo tengan en cuenta. Desde ahí vamos viendo.

Entonces termina de escribir unas anotaciones, levanta su cara hacia mí, dejando a Héctor fuera de su campo de visión, y me mira de otra manera, con un sonrisa que no termina de lograr.

—¿Y ahora? Ahora lo sentís, ¿no?

Solo soy capaz de sentir las náuseas. Me resultan extraños, ellos. El médico y mi marido se quedan mirándome y por un momento parecen mellizos, se me cruzan en los ojos, se vuelven a desdoblar. Esperan al unísono a que siga con lo que iba a decir, pero sé que por más que el contexto estuvo, fue algo efímero que ya se perdió y que no se va a condensar otra vez. Abro la boca otra vez. Pero me siento a mí

misma como si me viera desde afuera, desde muy lejos.

—Quedate tranquila, Malena —el doctor sonríe en paz, con falsa modestia por lo que sabe—. No se va a romper nada.

se merecen una editorial.

TÍTULOS

1. Los murciélagos. Leonardo Pitlevnik
2. Pichonas. Claudia Aboaf
3. Qué paja ir al centro. Martín Wilson
4. Macumba. Luis Mey
5. Un verano. Damián Huergo
6. Los accidentes. Camila Fabbri
7. Aguante. Horacio Convertini
8. Principio de fuga. Francisco Cascallares
9. 12 barrancas. Martín Wilson
10. Mariposas en reversa. Pía Hasenclever
11.Weiwei. Agostina Luz López
12. Las manos. Francisco Moulia
13. Amores mutantes. Leticia Frenkel
14. Los peces. Leonardo Pitlevnik
15. Antología Premio Mujica Láinez X
16. Cero Gauss. Denis Fernández
17. Antología Premio Mujica Láinez XI
18. Febrero lluvioso. Pablo Iglesias
19. Antología Premio Mujica Láinez XII
20. Acaso no matan caballos. Horace Mc Coy
21. Primavera manual. Santiago Battezzati
22. Biografía y ficción. Damián Huergo
23. Esto que me pasa. Fremdina Bianco

Notanpüan CRUDA
1. A pelame. Ángela Ferrari Lassalotte
2. El cuerpo no calla. Marina Lassen

Emecé Notanpüan
1. Los accidentes. Camila Fabbri
2. La lengua alemana. Julieta Mortatis

Esta edición de “Los últimos
episodios del fin” se realizó en
medio del año más raro del siglo,
en el mes de agosto
de 2020.



¿Hay un orden? Y si lo hay: ¿dónde está el principio de todas las cosas? Sabemos que el universo se ha dejado gobernar siempre por el caos, más allá de las supersticiones con que coquetea la Religión, la Filosofía o la Historia. Y entonces la sentencia de T.S. Eliot, aquello de que comienzo y fin son parte de un único movimiento, debería leerse más bien como una plegaria, una esperanza desmesurada; un intento, desde la literatura –ahí donde todo es posible–, de refugiarse en la intimidad para encontrar una lógica que nos aleje de la angustia, es decir de la consciencia demoledora del paso del tiempo.

El tiempo es, en Cascallares, el único tema. O más precisamente: la clave para entrar y salir de la realidad, para materializarla o diluirla. Nada termina de hacer pie, como si el espacio en el que transcurre este puñado de cuentos estuviese a cada momento resignificándose; un relato dentro de otro, un sueño escapándose de otro sueño inicial. Como si sus protagonistas solo pudiesen hallar el signo de sus vidas, apropiarse de un nombre, cuando lo único que les queda es acostumbrarse a la muerte.

Sobre esa tensión trabaja la escritura de Cascallares; en esa tierra movediza intenta hacer pie. Que lo logre con esta contundencia, con un rigor poético infrecuente y casi inexplicable, es poco menos que un milagro.

José María Brindisi


ISBN 978-987-45401-7-1
9 789874 540171

